

---

## NOTA EDITORIAL

# ZOILO CUELLAR DURAN

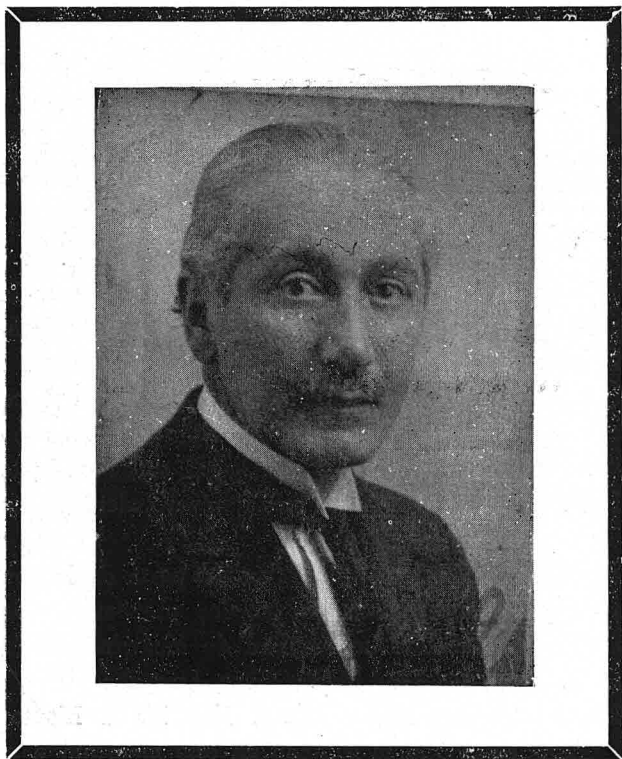
**PALABRAS PRONUNCIADAS POR  
EL PROFESOR JORGE E. CAVE-  
LIER ANTE LOS RESTOS DEL  
DR. ZOILO CUELLAR DURAN**

Abrumado por la pérdida del Maestro, confundido por la desaparición del amigo y del colega, vengo en nombre de la Academia Nacional de Medicina a depositar sobre la tumba de Zoilo Cuéllar Durán el sentimiento emocionado que ha producido la partida del compañero insuperable. Al hundirse en el abismo insondable de la muerte deja tras sí la trayectoria luminosa de su vida, acariciada en su conjunto por los laureles del triunfo y estampada de modo imperecedero en nuestro recuerdo.

Inicia sus estudios de Medicina formando parte de la constelación de estrellas de primera magnitud que en las postrimerías del último siglo invadió los claustros de la Facultad de Medicina de Bogotá. Al lado de Juan E. Manrique, Luis María Rivas, Luis Zea Uribe, Pompilio Martínez, Roberto Franco, Rafael Ucrós, José María Montoya, Julio Manrique y tantos otros que se escapan en este momento a mi memoria, recibe las enseñanzas médicas con el fervor de un convencido, y desde ese mismo instante principian a delinearse como una necesidad biológica fatal los rasgos inconfundibles de su personalidad sobresaliente. Doctorado en Bogotá, se traslada a París, sede en esa época de la revolución más trascendental que hayan presenciado la Medicina y la Cirugía. El gran Pasteur acababa de descubrir la teoría microbiana, y el cirujano inglés Lister aplicaba a la cirugía esos principios recién adquiridos. Rápidamente apropia esas nociones transformadoras de la Ciencia durante sus estudios en la Facultad de Medicina de París, y lleno de entusiasmo abraza la especialidad urológica creada

por el genio de Guyon, padre indiscutible de esta rama de la cirugía.

De regreso a la Patria entra de lleno en el ejercicio profesional, y los éxitos acumulados lo llevan a la cátedra de Vías Urinarias de la Facultad de Bogotá, especialmente creada para recoger sus enseñanzas y preparar las nuevas generaciones médicas. Al igual de todos los admirables compañeros de su generación funda su propia escuela, y sus



**PROFESOR ZOILO CUELLAR DURAN**

discípulos nos agrupamos a recibir el valioso aporte de su ciencia, aceptando complacidos la obligación de no dejar perecer las fecundas doctrinas del noble Maestro.

El temperamento quirúrgico del ilustre desaparecido era un dón natural que adquiriría las características del instinto. Y este instinto, llevado por el estudio y la práctica a su completo desarrollo, le dio la personalidad inequívoca del gran cirujano entre cuyas virtudes se des-

tacaba la de poseer una alma fuerte que le permitía disfrutar de la tranquilidad viril del espíritu. En sus manos el acto quirúrgico, en apariencia brutal, se convertía en un episodio lleno de belleza. Porque como lo dijo Jean Louis Faure, la belleza de una operación se encuentra en la sobriedad, en la precisión del gesto, en el orden del movimiento, en el poder de la continuidad de la acción, en la perfección de la técnica. La práctica quirúrgica del profesor Cuéllar llevó en todo momento el sello indiscutible de su recia y fuerte personalidad. Decidida la operación entraba en una especie de éxtasis que lo alejaba de cualquier consideración distinta de la vida que trataba de prolongar. Se jugaba su reputación profesional en busca de la más tenue esperanza de salvación. Nunca vaciló; una vez empuñado el cuchillo, ni aun en los casos más desesperados, porque, como lo decía él, "la cirugía proporciona grandes sorpresas". Para él "la vida del enfermo había que buscarla *a outrance*". Su espíritu pensaba que el cirujano debía ser más fuerte que la muerte.

En sus operaciones desarrollaba la velocidad del relámpago, y sus espectadores sentían el escalofrío de lo sublime al tiempo que los rasgos de su hidalga fisonomía permanecían inalterables. Personificaba en esos momentos el ideal del cirujano: de alma serena y de mano firme.

Fue un cirujano valiente que no retrocedía ante ningún obstáculo. Tenía fe en su bisturí y a él se entregaba en la plenitud de sus funciones. Hasta en su lecho de moribundo dio muestras de su fe inquebrantable que le merecía la cirugía. Comentando serenamente su enfermedad nos manifestaba a los que lo rodeábamos angustiados que si él fuera su médico se operaría.

"La vida del cirujano es una bella vida. Y cuando llega la hora de la muerte nadie puede con más calma y tranquilidad dormirse en la noche suprema. A él le basta oír la voz de su conciencia murmurar a su alma sosegada, que en este mundo él ha hecho más bien que mal y que sobre esta tierra de alegrías y de miserias los sufrimientos que sus manos ensangrentadas han aliviado han sido mucho más numerosos que los dolores que han producido".

He dicho.